# No me digas Bond

Andrea Ferrari
Ilustraciones de Carlus Rodríguez

loqueleo

# 1

## Sherlock

Mi primera discusión con Arturo durante las vacaciones fue por el significado de la palabra vacaciones. Sé que suena un poco ridículo, pero en ese tiempo veníamos teniendo posiciones tan diferentes sobre casi todos los temas, que terminábamos peleando por los detalles más insignificantes.

No fue un verano fácil. Creo que los dos sentíamos que al terminar el colegio dejábamos atrás lo que nos había unido y que no había forma de evitar que aumentase la distancia que ya se percibía entre nosotros. Pero no hacíamos nada para cambiarlo. Al contrario: cada uno tendió a cerrarse más en su posición, a esconderse detrás de esos personajes que creamos a lo largo de los años y que terminaron por convertirse en una máscara protectora.

No recuerdo exactamente la fecha, pero no habían pasado más de cuatro o cinco semanas desde el fin de las clases. Estábamos en mi habitación, yo

frente a la computadora y él tirado en la cama, jugando a hacer equilibrio con un almohadón sobre su dedo índice. La discusión empezó cuando dije que tendríamos que aprovechar esos meses para conseguir un trabajo.

—¡¿Un qué?! —preguntó con un tono falsamente escandalizado, y el almohadón se le cayó sobre la cara.

—Escuchá antes de gritar, Watson. Nos fue bien con el último caso que tuvimos entre manos. Es un buen punto de partida. Quizá podríamos poner un aviso clasificado y…

—Fran, bajá un cambio. Estás totalmente equivocado. Primero: si tuvimos ese caso fue solo porque la chica afectada vive en este edificio y le resultó cómodo y barato aceptar que su vecinito metiera la nariz en su problema. Pero ninguna persona con dos neuronas en el cerebro va a contratarnos a nosotros para encarar una investigación. Por muy genio que seas, tenés dieciséis años. Segundo: aun si consiguieras el cliente, no tengo la más mínima intención de trabajar en las vacaciones. Trabajar es algo que va en contra de la definición de vacaciones.

Arturo dijo alguna vez que yo soy demasiado literal. Que me agarro de las palabras como si fueran timones que me van a llevar a algún sitio.

Supongo que eso describe bastante bien lo que hice entonces. Me volví hacia mi computadora, donde tengo acceso directo a varios diccionarios, e inicié una rápida búsqueda.

—No es exactamente así —dije mientras leía en la pantalla—. Mirá, vacación es un "descanso temporal de una actividad habitual". Nuestra actividad habitual es el estudio y no el trabajo, de modo que en este caso…

—¡Sherlock! —gritó mientras tiraba el almohadón en dirección a mi cabeza, con notable buena puntería—. Buscar definiciones en el diccionario también va contra la definición de vacaciones. ¿No tenés el más mínimo interés en divertirte?

—Podría buscar el significado de la palabra diversión, pero creo que te pondrías nervioso. Hay muchas formas de divertirse. Para mí la mejor de todas sería tener un caso criminal para investigar. Pero supongo que no coincidimos.

—¡No! Divertirse es salir, jugar al fútbol, conocer mujeres… Estas cosas.

—Bueno, no me extraña que pienses así. También entiendo que estás deprimido y después de la ruptura definitiva con Martina necesites…

—¿Qué? ¿Quién te dijo eso?

Por supuesto, él no me había contado nada. Pero era evidente.

—Los signos hablan por sí solos, querido Watson.

—¿Ah, sí? ¿Ahora el genial detective nos va a asombrar con otra de sus brillantes deducciones?

—Si te molesta…

—No, me encanta oír cómo te equivocás. Adelante.

—Para empezar, la pulserita. Esa trenza de colores hecha por ella, que tenías hace meses alrededor de la muñeca. Te la dejaste aun cuando estaban peleados, mientras tenías esperanzas de recuperarla. Ahora desapareció, lo que indica que pensás que es definitivo. Después, la película. Me dijiste que hace dos noches fuiste a ver una de terror, cosa que Martina nunca hubiera aceptado. Ergo, fuiste solo o con un amigo. Y además, la barba.

—¿Barba? —dijo tocándose el mentón.

—Bueno, como quieras llamar a esa pelusa que tenés en la cara. A ella le molestaba y por eso te afeitabas, cada dos o tres días. Ahora, diría yo, llevás unos cinco sin hacerlo. Supongo que es exactamente el tiempo que pasó desde que cortó con vos. ¿O me equivoco?

Watson se levantó de la cama y me miró con indignación.

—Sí, te equivocás totalmente. Todo lo que dijiste está mal. Y ahora me voy, porque yo sí tengo planes para esta noche. Mucho más interesantes que buscar palabras en el diccionario.

Sin darme tiempo siquiera a pararme, salió y dio un portazo. Evidentemente, estaba furioso. Quizá mis deducciones no habían sido muy oportunas. Pero no me había equivocado.

No sé si es correcto comenzar por aquí el relato. En mi memoria, ese fue el día en que todo empezó a moverse. Al menos fue cuando decidí conocer a Tony Sosa, un personaje central en esta historia. Supongo que Watson va a decir otra cosa. Es probable que tenga una opinión diferente en casi todos los aspectos, y es por eso que decidimos escribir esto a cuatro manos.

Aquel día me molestó su negativa a ayudarme. Yo no tenía demasiadas esperanzas en el éxito de un aviso, pero si ni siquiera contaba con Watson, decididamente la empresa no iba a salir adelante. Tengo que decir que no solo ha sido durante muchos años mi único amigo, también es el tipo más leal del mundo. Desde que nos conocimos en la escuela primaria y me ayudó a soportar ese terrible concurso televisivo de preguntas y

respuestas que me hizo famoso como experto en Sherlock Holmes, Arturo siempre estuvo a mi lado. Yo recibí el apodo de Sherlock y él tuvo que aceptar el de Watson. Yo me metí en varios problemas y él siempre me ayudó a resolverlos.

De modo que ahora su rechazo era una piedra difícil de tragar. Pero, si no contaba con su ayuda, iba a optar por mi plan b. Busqué el recorte del diario que había guardado esa mañana, un segmento de la sección de avisos clasificados. Había dibujado un círculo rojo en torno al que me interesaba: "La Agencia de Investigaciones Tony Sosa busca ayudante. Comunicarse de 12 a 20 h".

Sí, yo sabía que la Agencia Tony Sosa debía de ser una de esas cuevas horribles que se dedican a sacar fotos de gente en situación comprometida. Pero de alguna manera tenía que ponerme en marcha. De modo que tosí un poco para enturbiar mi voz y me dispuse a llamar a Sosa. Era imposible prever todo lo que iba a seguir.

# Watson

Mentira, las cosas no fueron así. Lo de la pulsera había sido antes y simplemente se rompió. Además, es evidente que él podría haber previsto que de ese trabajo sólo iban a salir problemas. Pero, si a Francisco se le mete una idea en la cabeza, no hay cómo sacársela. Cuando, días después de aquella discusión, me contó que había fijado una cita con el tipo, me puse furioso. Aunque puede ser que yo ya estuviera furioso y eso simplemente empeorara mi estado.

—No te va a contratar por la sencilla razón de que tenés dieciséis años, Sherlock —le dije—. Se va a reír cuando te vea. Y, si te contratara, ¿para qué te puede servir? Si vos pensás que un detective de cuarta como ese puede tener un caso interesante, es que estás loco o leíste demasiados libros. En realidad —agregué tras pensarlo un momento—, vos estás loco y además leíste demasiados libros. En el mejor de los casos vas a pasar

el tiempo persiguiendo por la calle a una esposa infiel. Y en el peor, te vas a quedar en la oficina atendiendo el teléfono o haciéndole café a un idiota.

Supongo que estaba siendo un poco injusto con él. Para empezar, logró aparentar bastante más edad de la que tiene. En parte lo ayudó la naturaleza: ya mide más de un metro ochenta, una obvia herencia de su padre. Pero, además, viene trabajando bastante en su aspecto. Ahora lleva el pelo corto y prolijo y hace poco se compró ropa que reserva para situaciones especiales: pantalón oscuro, camisa, incluso un saco.

Pese a la vehemencia de mi ataque, me contestó en un tono amigable. Creo que trataba de evitar que nos peleáramos, un buen intento que yo no lograba imitar por el malhumor que tenía en esos días.

—Sí, Watson, en parte tenés razón. Esos tipos trabajan más que nada con casos de adulterio. Pero quisiera que entiendas que tengo que hacer algo para combatir el aburrimiento. Necesito ponerme en marcha. Y al principio uno tiene que hacer algunas concesiones. Lo dijo el mismo Maestro: "No puede imaginar cuán difícil me resultó todo al principio y cuánto tiempo tuve que esperar antes de comenzar a abrirme camino".

—¿Eso dice Holmes?

—Sí, en *El ritual de los Musgrave*.

—No me parece una cita muy impactante. Más bien, bastante estúpida.

—Es cierto, pero revela que al propio Sherlock Holmes le resultaron difíciles los comienzos.

—Fran, hay veces en que me sacás. Holmes es un personaje. Un per-so-na-je. No lo conviertas en tu guía espiritual.

—Dejó en la historia una huella más profunda que mucha gente de carne y hueso, Watson, y eso lo vuelve real.

Puse los ojos en blanco y decidí irme a mi casa.

Pero no puedo negar que, pese a lo irritante que suele ser, en muchas cosas Sherlock tenía razón. Digamos, en casi todas. Yo estaba deprimido. Efectivamente, Martina me había dejado. Era un final previsible, si se tiene en cuenta que nunca tuvimos mucho en común. Pero a mí ella me seguía gustando y andar solo me sentaba muy mal.

Estaba, además, el asunto de la universidad. Al fin, y tras muchas vueltas, me había anotado en Letras. Tenía, quiero decir tengo, el propósito de ser

escritor. Todavía no escribí más que un par de cuentos, algunos poemas flojos y un relato sobre mis aventuras con Sherlock, pero la idea de dedicarme a la literatura me resulta muy atractiva.

A mi viejo no. Él siempre tuvo para mí otros planes. Podría explicarlo así: mi viejo es dentista. Su hermano es dentista. Mi abuelo era dentista. El padre de mi abuelo era dentista. Creo que cualquiera puede imaginarse a qué le gustaría a mi viejo que yo me dedicara. Él, sin embargo, intenta convencerme de un modo práctico: tiene un buen consultorio instalado y una importante clientela. Todo eso es heredable.

—Pero yo no quiero ser dentista —discutí—, quiero ser escritor.

—¿Y por qué no las dos cosas?

Fruncí el ceño.

—¿Un dentista escritor?

—¿Qué tiene de malo? Muchos de mis colegas tienen hobbies. El doctor Levin, por ejemplo, es dueño de una gran colección de estampillas. Y el doctor Arriátegui es un excelente fotógrafo.

—Papá, no quiero ser un dentista con un hobby. Quiero ser un escritor.

Lo que no le dije fue que la sola idea de andar escarbando en las muelas ajenas me da un asco terrible. Al final se resignó.

—Está bien —suspiró—, inscribite en Letras. Quizás el año que viene cambies de idea.

De todas formas, no puedo echarle la culpa de mis angustias a mi viejo que, en última instancia, va a aceptar mi decisión. Lo cierto es que yo mismo no estoy nada seguro. Porque ni siquiera sé si tengo pasta de escritor, si algún día podré escribir algo aceptable. ¿Qué pasa si no puedo? Además, en lo que respecta a los estudios, soy muy distinto de Sherlock. Obvio, él es un genio. No solo es dos años menor que yo porque estuvo adelantado en la escuela, sino que además en el final del secundario cursó a distancia todas las materias posibles del Ciclo Básico Común para avanzar más rápido en la carrera. Puedo apostar que en no más de tres o cuatro años la va a tener terminada y ya habrá saltado a algún estudio de posgrado.

Para mí el panorama es otro. Los seis años que, con suerte, me tomará llegar hasta el título aparecen en mi horizonte como una gigantesca montaña que tendré que atravesar, con horribles piedras en el medio, como Latín o Griego, y sin estar seguro de que al final del camino me espere alguna recompensa que valga la pena.

Intenté escapar a esos pensamientos negros diciéndome que al menos Letras tiene dos

importantes puntos a favor: primero, hay que leer gran cantidad de novelas, y las novelas me gustan mucho. Segundo, es una carrera abrumadoramente femenina, y las mujeres también me gustan mucho.

No sé si es suficiente, pero con esa idea estaba tratando de sostenerme.